

***Sadhu* Sundar Singh, entre la ficción y la realidad**

Mariano Carou*
Universidad del Salvador
Argentina

Fecha de recepción: 10/08/2022 | Fecha de aprobación: 20/11/2022

Resumen: Sundar Singh, proveniente de la religión sikh y convertido en su adolescencia al cristianismo anglicano, fue un *sadhu* hindú de destacada actuación en las primeras décadas del siglo XX. Predicador, conferencista y escritor exitoso, su fama se vio sin embargo menguada luego de su misteriosa desaparición en 1929. La leyenda construida a su alrededor, que transformó su vida en una suerte de hagiografía cargada de tintes fantásticos, más sus escritos, constituyen una operación discursiva formidable que, quizás como efecto del “desencantamiento del mundo” que anuncia Weber, no tuvo continuación en una época que descrea de las leyendas piadosas.

Palabras clave: Sundar Singh, *sadhu*, operación discursiva, hagiografía, desencantamiento del mundo

Abstract: *Sundar Singh was an Indian sadhu, who came from sikh religion and converted into Anglicanism when he was a teenager. He had an important performance in the first decades of Twentieth Century. Successful preacher, orator and writer, his fame decreased, though, after his mysterious disappearing in 1929. The legend built around his person transformed his life in a sort of hagiography, colored by fantastic traces, and his writings, make a remarkable discursive operation, which is perhaps the reason why he is barely known nowadays. The “disenchantment of the world”, presented by Weber, may be the cause of this, considering the characteristics that the actual culture is less tolerant regarding to pious legends.*

Keywords: *Sundar Singh, sadhu, discursive operation, hagiography, disenchantment of the world*

* **Mariano Carou** (Buenos Aires, 1969). Doctor en Letras (USAL) y magíster en Literatura Comparada y Crítica Cultural (Universitat de València). Profesor e investigador principal en la USAL. Autor de *Filosofía gourmet* (Premio Heterónimos de Ensayo 2016), *Filigranas. Ensayos sobre literatura alemana contemporánea*, y numerosos artículos en revistas especializadas de la Argentina y el exterior. Correo electrónico: mariano.carou@usal.edu.ar.

Cuando Karl Rahner, el gran teólogo del siglo XX, aseguró que “el cristiano del futuro será místico o no será”, más que poner en juego sus dotes adivinatorias estaba haciendo una constatación de algo que ya se estaba gestando. En efecto, muchas veces creemos que el misticismo no fue protagonista de las peripecias de la Iglesia universal durante la última centuria, tan convulsionada en múltiples aspectos y tan marcada por lo social y el giro antropológico. El siglo XX, desde ya, fue, incluso en el ámbito del cristianismo, un siglo de personas de acción, como Teresa de Calcuta, Dorothy Day, Maximiliano Kolbe y Martin Luther King, entre muchísimos otros. Pero también fue el siglo de Thomas Merton, Roger de Taizé, Christophe Lebreton y Sundar Singh.

Figura de gran popularidad durante la primera mitad del siglo pasado, con el tiempo la figura de este *sadhu* —santón mendicante de la tradición hindú— fue difuminándose hasta casi desaparecer y volverse irrelevante. Sin embargo, en los últimos tiempos, muy tíbiamente, comenzaron a circular algunos escritos tanto de su autoría como acerca de su persona. Si hoy nos referimos a él, si reviste algún interés para nosotros, es porque creemos que representa un puente interesante entre Oriente y Occidente, porque el testimonio de su conversión resulta llamativo y porque el enigma acerca de su desaparición funge como metáfora de un modo de búsqueda de lo sagrado, siempre inasible. O, más bien, de una forma de responder las preguntas que esta búsqueda nos suscita, o de dejarlas en suspenso.

Su vida

Cuando relevamos datos acerca de la biografía del *sadhu* Sundar Singh, nos encontramos con algunas coordenadas precisas. Nació el 3 de septiembre de 1889 en Rampur, un pueblo de la región de Punjab, India, en un hogar perteneciente a la tradición sikh. Su madre falleció cuando él tenía catorce años, y su padre, un hombre piadoso, lo educó en forma esmerada. Para ello, lo envió al colegio anglicano de su

pueblo. La adolescencia, sumada a la pérdida de su madre y a una serie de planteos religiosos, lo llevó a tener una actitud desafiante. En una espiral de creciente rebeldía, buscó provocar a las autoridades escolares mediante la quema de un ejemplar de la Biblia, a fines de 1904. Sin embargo, esta rebelión resultó inconducente, al punto de que, abrumado por el desánimo y el sinsentido, juró quitarse la vida si no encontraba en ella un propósito que la animara.

(Luego de haber quemado la Biblia) mi malestar no había hecho sino aumentar y durante los dos días siguientes me sentí miserable. Al tercer día, cuando ya no podía aguantar más, me levanté a las tres de la madrugada y me puse a rezar pidiendo que si realmente había un Dios, se me revelara. No recibiendo respuesta alguna, decidí que a la mañana siguiente pondría la cabeza sobre la vía del tren para buscar así las respuestas a mis preguntas más allá de esta vida. Recé y recé esperando que llegara la hora de emprender mi último viaje. Alrededor de las cuatro y media vi algo extraño. Algo resplandecía en la habitación. Primero pensé que la casa se estaba quemando, pero mirando por la puerta y a través de las ventanas, no pude discernir la causa de aquella luz. Luego se me ocurrió una explicación: aquello podía ser una respuesta de Dios. Así que volví a mi lugar y me puse a rezar otra vez sin apartar los ojos de aquel extraño resplandor. Más tarde distinguí una figura en la luz. Una figura extraña y a la vez familiar. No era ni Siva ni Krishna, ni ninguna de las otras encarnaciones hindúes que yo había esperado. Luego oí una voz que me hablaba en Urdu: “Sundar, ¿hasta cuándo seguirás mofándote de mí? He venido a salvarte porque has rezado para encontrar el camino de la verdad. ¿Por qué pues no lo aceptas?” Fijándome más, vi las marcas de sangre en sus manos y pies y supe que era Jesús, el Dios de los cristianos. Asombrado, caí a sus pies. Me sentía lleno de profunda desazón y remordimientos por mis insultos e irreverencias, pero poseído a la vez por una inmensa paz. Éste era el gozo que yo había estado buscando. Estaba en el cielo. (Singh, 2002, pp. 35-36)

Según otra versión, las palabras que le dirige Jesús son algo diferentes: “¿Por qué me persigues? Recuerda que yo di mi vida por ti en la cruz” (Ellsberg, 1999, p. 307). De todas maneras, el sentido en líneas generales es el mismo, ya que a la pregunta y al reproche le sigue la contemplación de los estigmas de Cristo. Resulta llamativo, por otra parte, que la voz le hable en urdu: no lo hace en sánscrito, la lengua sagrada y litúrgica de la India, ni en hindi, la lengua oficial por excelencia, sino en un derivado de este último, el urdu, lengua materna del *sadhu*¹. Esto parece simbolizar un llamado personal

¹ Es cierto que en Punjab, su lugar de origen, se habla panyabi, pero también urdu, y es este idioma el que utilizaba Sundar Singh tanto para comunicarse oralmente como por escrito; de hecho, se conservan cartas suyas en urdu, transliteradas en caracteres latinos.

y original, inscripto en la propia historia y en la individualidad de Sundar. Además, Dios se le revela como luz, y el muchacho reconoce que no es Siva, ni Krishna, ni Buda el Iluminado, sino Jesús, el Dios al que él había despreciado.

Acto seguido, no solo no cometió el proyectado suicidio, sino que se convirtió al cristianismo, para horror de su padre. El 3 de septiembre de 1905, es decir, el día que cumplía dieciséis años, fue bautizado en la iglesia de Santo Tomás², en Simla. Esto le valió ser expulsado de su familia, ya que la conversión era una deshonra para los suyos. El relato de este momento está imbuido de un desgarrador y a la vez esperanzado dramatismo:

Nunca he olvidado la noche en que me echaron de casa. Dormí al raso, bajo un árbol, y el tiempo era frío. Nunca había vivido nada semejante. Me dije a mí mismo: “Ayer vivía confortablemente. Ahora estoy tiritando, tengo hambre y sed. Tenía de todo y aún quería más. Hoy no tengo donde guarecerme, no tengo ropa de abrigo, no tengo comida”. Aparentemente la noche era dura, pero yo poseía un gozo maravilloso y una paz inigualable en mi corazón. Estaba siguiendo los pasos de Jesús, mi nuevo maestro, quien no tuvo donde reclinar su cabeza y que a su vez fue despreciado y rechazado. En el lujo y en el confort de la casa yo no había encontrado la paz. Pero la presencia del Maestro trocaba mi sufrimiento en paz. Una paz que nunca me ha abandonado. (Singh, 2002, p. 38)

Nótese que el consuelo surge de la identificación con Cristo, quien tampoco tenía “dónde reclinar su cabeza” (Mt 8, 20). Fue así, con los bríos y el celo propios del converso, que, a pesar de su juventud, comenzó una vida de predicador itinerante, vestido con la túnica azafrán y el turbante de los *sadhus*. Transitó los caminos de la India, y tuvo un éxito sorprendente. La gente lo rodeaba para escucharlo, en particular los niños. Por donde iba, las muchedumbres lo aclamaban como a un orador inspirado e inspirador. En ese andar incansable, no faltaron viajes a China, Japón, Australia, Europa y Estados Unidos para predicar y dar conferencias (Singh, 2002, p. 165). No obstante, lo

² Recordemos que el apóstol Santo Tomás es, según la leyenda, el primer evangelizador de la India. Cuando los marinos portugueses llegaron a las costas de Malabar, encontraron una comunidad que decía ser descendiente de aquellos que habían sido evangelizados por el apóstol. La posible gesta evangelizadora de Tomás está narrada en los *Hechos de Tomás*, y se conjetura que el apóstol, o un discípulo suyo que se identificó con él, fue martirizado en India en el año 73 d. C.

que verdaderamente constituía su mayor alegría era la vida mendicante, errante, anunciando el evangelio por los caminos. F. Heiler dijo de él:

En India, Sundar Singh es el discípulo de Cristo ideal: un predicador itinerante de pies descalzos que lleva un ardiente amor en su corazón. En él, el cristianismo y el hinduismo se encuentran y la fe cristiana avanza, no como algo foráneo, sino como una flor que florece en un tallo indio. (Heiler en Singh, 2002, p. 163)

O como dijera un obispo sueco: “El Evangelio no lo sometió a ningún cambio [...] En la historia del cristianismo, Sundar es el primero en mostrar al mundo cómo el Evangelio de Jesucristo es reflejado en la pureza intacta de un alma hindú³” (Parker, 1920, p. 337).

Esos caminos que recorrió, por cierto, también le depararon numerosos sinsabores, en especial en el Tíbet. Uno de los episodios más renombrados de su biografía cuenta que en 1912, estando en aquel país, fue detenido por las autoridades, quienes luego de golpearlo salvajemente lo confinaron a un pozo y lo dejaron allí para que muriera. Todo parecía perdido, hasta que milagrosamente vio que una cuerda le era tendida desde lo alto; gracias a ella pudo escapar, y cuando logró salir a la superficie, no vio a nadie sosteniéndola:

Una vez, en una ciudad del Tíbet llamada Rasar, fui conducido ante el Lama y acusado de herejía porque había expuesto libremente las obras del Maestro para librarnos del pecado. Una turba furiosa me llevó hasta el otro extremo de la ciudad, me arrancaron todas mis ropas y me arrojaron dentro de un pozo seco, cuya boca cerraron con una tapa. Me había roto el brazo en la caída, pero peor que el dolor era el olor de aquel agujero. Muchos otros habían sufrido el mismo destino y, cuando caí en aquel lugar oscuro al que había sido arrojado, pude sentir huesos y carne corrupta. El olor era de lo más hediondo. Me sentía en los infiernos. Y entonces me asaltó la duda. “¿Dónde está ahora el Maestro? ¿Por qué ha permitido que suceda esto?” Pero, al mismo tiempo, noté una sensación de paz, la certeza de que el Maestro estaba allí conmigo. No sé cuánto tiempo estuve en el pozo, tal vez dos o tres días, cuando oí cómo algo chirriaba sobre mi cabeza. Alguien estaba moviendo la tapa que cerraba el pozo. Descendió una cuerda y una voz me ordenó que me agarrara fuertemente a ella. Hice acopio de las escasas fuerzas que me quedaban y fui izado. Caí en la tierra, respirando el aire fresco, y pude

³ “*The Gospel has not undergone any change in him. ... In the history of religion Sundar is the first to show the world how the Gospel of Jesus Christ is reflected in unchanged purity in an Indian soul*”. (Todas las traducciones son mías).

oír cómo el pozo era cerrado de nuevo. Cuando miré a mí alrededor, no había nadie. No sabía quién me había rescatado, pero en mi corazón tenía la seguridad de que había sido el Maestro. (Singh, 2002, p. 98)

Nótese que no hay intermediarios: es el propio Cristo quien, a su entender, lo rescata de “los infiernos”, tal como llama al ámbito de su prisión, idea reforzada por la presencia de cadáveres fétidos. Por cierto que no fue este el único sinsabor: también sufrió otros castigos, detenciones, inquisiciones y peligros, pero siempre salía airoso gracias a una intervención sobrenatural:

He sufrido muchos peligros durante mis viajes, a menudo porque personas intolerantes deseaban encontrar la forma de lastimarme. Una vez, en Kailas, pregunté por la dirección de unos amigos. La gente del pueblo, deliberadamente, me dirigió hacia el peligroso camino de la jungla. Conforme se hacía de noche, vi un río que me cerraba el paso. Más allá no se veía ninguna aldea. Casi ya en plena oscuridad, podía oír los sonidos de los animales salvajes moviéndose cerca de mí. Como no había forma de cruzar el río, me senté y oré, pensando que tal vez habría llegado mi hora. Cuando levanté la mirada, vi a un hombre en la otra orilla, junto a un fuego. El hombre me dijo: “¡No se asuste! Voy a ir en su ayuda”. Yo estaba atónito viéndole caminar decidido sobre las rápidas aguas del río. Llegó a mi orilla y dijo: “Súbase a mis hombros y no tenga miedo”. Y tan fácilmente como antes, conmigo a sus hombros, caminó sobre la corriente de las aguas y cruzamos el río. Me soltó en la orilla y caminé a su lado hasta que de pronto vi que el hombre y el fuego habían desaparecido.

Otra tarde, una multitud enfurecida, armada con palos, trataba de echarme de un pueblo. Me empujaron hacia la selva hasta que una roca me cortó el paso y no pude ir más allá. Allí, se agazaparon entre las piedras a la espera de atacarme y golpearme hasta morir. Pero nada sucedió. Después de permanecer quieto un rato, miré a mi alrededor y no vi señal de mis enemigos. Encendí fuego, limpié mis heridas y me eché a dormir en aquel mismo lugar. Por la mañana, desperté y vi a varios hombres mirándome desde lejos, atemorizados. Se acercaron con precaución y me ofrecieron alimento y bebida, preguntándome: “Sadhu-ji, ¿quiénes eran aquellos hombres vestidos de ropas relucientes que permanecieron a tu alrededor toda la noche?”. (Singh, 2002, pp. 97-98)

Finalmente, luego de algunos enfrentamientos bastante escabrosos, encaró una última incursión al Tíbet que, presumiblemente, resultó ser fatal. En abril de 1929 fue visto por última vez dirigiéndose hacia la cadena de los Himalayas, donde se cree que fue asesinado, ya sea por cuestiones religiosas o por algún ataque de salteadores de caminos. Lo cierto es que nunca más se supo de él, su cuerpo no fue hallado y se desconoce cuál fue su fin.

“*Se non è vero, è ben trovato*”: cómo construir el relato de una conversión

Oriente-Occidente. Nueva época.

Facultad de Filosofía, Historia, Letras y Estudios Orientales, Universidad del Salvador
Volumen 20, nro. 1/2, 2023 [pp. 62-82]

Hasta aquí, lo que cuentan sus biografías. Tanto en el relato que él hace de su propia vida como en las narraciones hechas por sus biógrafos, todos coinciden en las dificultades de su adolescencia; el “pacto suicida” consigo mismo, finalmente incumplido; un rechazo explícito al cristianismo, seguido de una conversión traumática, como Pablo de Tarso —a quien, recordemos, la voz de Cristo también le dice camino a Damasco “¿por qué me persigues?”—; una ruptura con su padre seguida del abandono del hogar, al estilo de Francisco de Asís, a quien también se asemeja en su errancia y su estilo mendicante —obviamente, también al estilo errante de Jesús y su confianza en la Providencia—. Tampoco falta el episodio en que es arrojado a un pozo, como Jeremías (Jer 38, 6-10), seguido de un rescate milagroso, similar al de Pedro de la cárcel (Hch 12, 1-19). Incluso, es llevado por las aguas tormentosas como Cristo en brazos de san Cristóbal⁴, y está a punto de perecer en manos de sus enemigos pero, al igual que Jesús, escapa del peligro con un aire de sobria autoridad (Lc 4, 28-30). El recurso constante a las parábolas en su predicación es, desde ya, equiparable al que hace su Maestro. Al igual que este, entabla diálogos motivados por preguntas con un interlocutor, al estilo de tantos personajes evangélicos: el joven rico, el doctor de la Ley, Nicodemo; en el caso del *sadhu*, es un sujeto de identidad desconocida al que se llama “el hombre que busca” (Singh, 2002, pp. 78 ss., 83 ss., 93 ss.), quien le pregunta qué debe hacer para alcanzar la santidad, o la sabiduría. Por último, si bien sin el aura escatológica de Jesús (Hch 1, 9) o de Elías cuando es llevado al cielo (2 Re 2, 11-12), protagoniza una desaparición misteriosa, arrebatado de este mundo de forma no corroborada por datos fehacientes sino envuelta en las brumas del misterio; un modo de alejarse de este mundo que se asemeja notablemente al modo en que el libro del Génesis relata la muerte de Enoc:

⁴ Cuenta la leyenda que san Cristóbal llevó a un niño que le pidió que lo ayudara a cruzar un río. A poco de andar, el río comenzó a crecer y arremolinarse, pero el hombre no cesó en su propósito, aun sin saber que a quien estaba llevando era nada menos que a Cristo. Por eso, el significado de su nombre, Χριστόφορος, es “el que lleva a Cristo”.

“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque lo llevó Dios” (Gn 5, 24). Creemos que, incluso si hiciéramos gala de una confianza ciega y un afán indeclinable por creer en la veracidad de las peripecias narradas, no podemos dejar pasar el hecho de que son demasiadas coincidencias, incluso aunque se tratara del guion de una película.

No dudamos de la facticidad de las narraciones; no porque no podamos hacerlo, desde ya, sino porque no nos interesa corroborarla. De hecho, hay muchos elementos que sí son verificables —fechas, lugares, anécdotas como la quema de la Biblia o la expulsión del hogar paterno—, e incluso justificables desde el punto de vista lógico y psicológico; pero también hay muchos otros elementos que no lo son. Por eso, más que una inquisición estéril, nos interesa indagar en la operación discursiva que hace que la vida de Sundar Singh, tal como aparece narrada canónicamente, sume tantos ingredientes que la convierten en un abigarrado modelo de hagiografía.

Nuestra hipótesis es la siguiente: en primer lugar, creemos que lo que acontece aquí es una ficcionalización —motivada quizás por una conversión traumática—, a cuyos elementos verificables se le agregaron una serie de datos de color, tal como ocurrió desde los tiempos veterotestamentarios hasta el siglo XX, pasando por las obras de una gran cantidad de hagiógrafos, desde Atanasio de Alejandría hasta Alban Butler, Jacopus de Voragine o Beda el Venerable. En segundo lugar, creemos que, una vez que el clima de época cambió y este tipo de relatos dejaron de tener vigencia, la falta de interés por la vida de Sundar Singh se llevó consigo la trascendencia y el atractivo indiscutible de su mensaje.

En relación con el primer punto, este tipo de operaciones discursivas no son raras en el seno de la Iglesia universal. Podríamos, de hecho, decir que con Jesús de Nazareth aconteció algo similar, pero en su caso la abrumadora escasez de datos históricos concretos más bien nos lleva a otro tipo de análisis y de abordaje literario, que no es el

mismo que entra en juego aquí. En el caso del *sadhu*, estamos hablando de una persona de la que se tienen datos fehacientes y sobre la que se proyecta una suerte de montaje narrativo. Por eso preferimos recurrir a otro ejemplo, no menos notable. Después de la Virgen María, una de las figuras más renombradas —si no la más renombrada— del santoral católico es San Francisco de Asís⁵. Pues bien: pocos años después de su muerte, el aprovechamiento de su figura por las distintas facciones de la congregación por él fundada llevó a las autoridades de esta a establecer un relato canónico sobre su figura, que contemplara la inclusión de datos fehacientes —los cuales, por cierto, abundaban—, pero que, al mismo tiempo, diera paso a la construcción del mito que terminó gestándose. Esto tenía por objeto la búsqueda de un respaldo en el pensamiento y la vida del propio fundador acerca de las direcciones que iba tomando el movimiento franciscano. Por eso se le encomendó a Tomás de Celano que escribiera una biografía del *Poverello*: nos referimos a las *Vidas* —*Vita prima* y *Vita secunda*—, que escribió en las décadas que siguieron a la muerte del santo —mediados del siglo XIII—. Conste que no entablamos una relación con las *Floreccillas* —*Fioretti*—, obra enteramente hagiográfica y maravillosa, en la que Ugolino Brunforte, en el siglo XIV, recogió una cantidad de hechos prodigiosos atribuidos a san Francisco para construir un relato melifluido y piadoso. En resumen: ¿por qué entablamos esta relación entre las biografías del *sadhu* con las *Vidas* de Tomás de Celano —en particular la *Vita prima*⁶—, y no con los evangelios o con alguna otra biografía “retocada”? Porque ambas narraciones son una combinación de hechos fácticamente irrefutables y de hechos que se inscriben bajo

⁵ Una de las biografías del *sadhu*, la de C. F. Andrews, cuyo título original era *Sadhu Sundar Singh. A personal memoir*, fue traducida al español bajo el título *Sadhu Sundar Singh. El hombre que se parecía a Cristo*. Curiosamente, es lo mismo que se dice de San Francisco de Asís, de quien suele decirse que es el santo que más se pareció a Cristo.

⁶ La *Vita secunda*, si bien es también una hagiografía, tiene otra finalidad política: marcar directivas del rumbo que debía tomar la congregación, una vez pasado el ardor inicial de la pobreza evangélica franciscana, en medio de las disputas entre los “espirituales” y los “conventuales”. Sin tergiversar los hechos en forma alevosa, lo cierto es que la orientación está más claramente identificada con la última de estas dos opciones enfrentadas.

la luz de la leyenda, de alguien que se asemeja notablemente a Jesús de Nazareth. Todos ellos, combinados, dan pie a esta ficcionalización de la que hablábamos, cuyo resultado está a la vista. La figura de Sundar Singh resultó enormemente atractiva para un público masivo —recordemos lo dicho acerca del éxito de las conferencias del *sadhu*, a lo que debemos sumar un éxito editorial arrollador— durante un tiempo considerable.

Por ese motivo, como dijéramos, nuestra hipótesis concluye con otro dato: ese éxito y esa resonancia luego decrecieron, y su figura cayó en el olvido —¿quizás también en el descrédito?—, en parte por cuestiones coyunturales que hacen a la escasa sensibilidad del mundo posmoderno en creer este tipo de relatos, y en parte por motivos que también analizaremos más adelante.

Los mecanismos de la conversión

Ahora bien: lo que no debemos perder de vista es que, con operación discursiva o sin ella, el objetivo de fondo que movilizó este accionar era amplificar una conversión. Cuando decimos “amplificar” nos referimos a darle una relevancia que ocupara el centro de la escena.

Hace aproximadamente 120 años, un poco antes de la época en que Sundar Singh atravesaba el proceso de su conversión, William James pronunciaba las conferencias Gifford que luego se transformarían en su famosa obra *Las variedades de la experiencia religiosa*. Allí describía en qué consistía la conversión en cuanto hecho religioso:

Convertirse, regenerarse, recibir la gracia, experimentar la religión, adquirir seguridad, todas éstas son frases que denotan el proceso, repentino o gradual, por el cual un yo dividido hasta aquel momento, conscientemente equivocado, inferior o infeliz, se torna unificado y conscientemente feliz, superior y correcto, como consecuencia de sostenerse en realidades religiosas. Esto es lo que significa, al menos en términos generales, conversión, creamos o no que se precisa una actividad divina directa para provocar este cambio moral. (James, 1986, p. 213)

Es importante que ya desde el inicio James, quien en buena medida sentó las bases de la comprensión moderna de la experiencia religiosa, refiera a conceptos tales como

“yo dividido” y “unificado”, consciencia e inconsciencia de la felicidad, o “sostenerse en realidades religiosas”, asociado al hecho de la conversión. Al respecto, bien podemos decir que Sundar Singh atravesó ese proceso, y la conversión al cristianismo lo llevó a esa unificación interior, que en su caso efectivamente se debió a una “actividad divina directa”. En efecto, si leemos atentamente el testimonio del *sadhu*, este percibe su conversión “como fruto de una acción divina. No es el hombre quien se convierte, sino Dios quien le convierte, quien le dota de una vida nueva... La conversión es esencialmente un renacimiento” (Martín Velasco, 1982, p. 98).

Ahora bien: cuando repasamos los contenidos propios de la religión sikh, la fe de origen de Sundar Singh, nos encontramos con que, más allá de las lógicas diferencias — que abarcan desde los ritos hasta la cosmovisión, desde lo estético hasta lo cultural—, tiene muchos puntos de contacto con el cristianismo. Los sikhs⁷:

- creen en un Dios supremo, es decir, es una religión estrictamente monoteísta;
- rechazan el panteísmo, si bien afirman el panenteísmo, creencia que en el cristianismo --tiene cada vez más adeptos, particularmente en el Oriente cristiano;
- no adhieren al ascetismo del yoga, la mortificación del cuerpo, la renuncia a lo terrenal, al igual que el cristianismo contemporáneo;
- reconocen en cada ser humano una misma luz celestial, que es incompatible con cualquier discriminación racial, de sexo, de casta o del motivo que sea. El sijismo no hace acepción de personas, tal como dice la Biblia respecto de Dios (Hch 10, 34; Rom 2, 11; Gal 2, 6);
- el temor de Dios los mueve a cumplir una serie de preceptos morales, al estilo de los Mandamientos, que consisten en invocar constantemente a Dios, ganarse el sustento por medios honrados y compartir los resultados de su trabajo como expresión de amor a los

⁷ En este sigo los contenidos de la página oficial https://www.sikhs.nl/Main_spanish/main.htm. Otra página útil es: https://hmong.es/wiki/God_in_Sikhism

demás, a lo que se suma, desde ya, una larga lista de prescripciones éticas, así como una serie de cinco pecados que recuerdan a los siete pecados capitales del cristianismo; de esta manera, liberándose de las cadenas del materialismo y los vicios, el ser humano puede llegar a la realización de la beatitud suprema.

Como vemos, a pesar de que es evidente que dista del cristianismo en su punto central, esto es, el reconocimiento de la encarnación de Dios en Jesús, quien murió por los pecados del mundo y fue resucitado por el Padre, de todas maneras el sijismo tiene una gran cantidad de puntos en común con la doctrina cristiana, e incluso con el judaísmo. ¿Por qué recalcamos esto? Porque en principio podemos decir que lo que encontró el *sadhu* en su nueva religión no distaba demasiado —o al menos no era ajeno ni repugnaba— a lo que había dejado en la fe de sus padres. Es más: la insistencia en llamar a Jesús “el Maestro” —y no el Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador— es muy cercana al reconocimiento de su condición de guía espiritual o gurú, afín a las distintas tradiciones religiosas de la India. ¿Por qué, entonces, este afán por presentar una conversión como más traumática de lo que fue en realidad? ¿Acaso no habría sido más escandaloso hacerse hinduista, o musulmán, habida cuenta de los enfrentamientos históricos del sijismo con estas religiones?

En toda conversión siempre hay algo con lo que se rompe y algo que permanece, algo que se resignifica y algo nuevo que nace. Convertirse no significa escribir en una *tabula rasa*, sino que es un giro copernicano, pero de algo que ya estaba latiendo. Todos estos elementos estaban en el interior y en el espíritu del *sadhu*: ahora bien, el joven Sundar Singh rompe con una tradición familiar, quiebra un equilibrio ancestral, y por eso lo que entra en juego es más coyuntural que estrictamente dogmático. Es la deshonor de la familia, y no la adopción de una doctrina herética o demoníaca lo que

propicia este tembladeral que deberá sostenerse por medio de una identidad nueva. Esto requiere ficcionalizar un proceso que, de suyo, era menos disruptivo de lo que parecía.

Por ese motivo, como parte del proceso de identificación con Cristo y con quienes encarnan el cristianismo, Sundar Singh recurrirá, consciente o inconscientemente, a una serie de acciones que, de ser orgánicas —algo imposible de corroborar—, podrían ser pensadas como una praxis estratégica. En todo caso, lo que evidencia su modo de presentarse ante el mundo es la construcción discursiva del relato de la conversión, del que ya hemos hablado, a lo que se sumaría la imitación del estilo de vida itinerante y, en particular, los recursos didácticos que utiliza en sus alocuciones, muy similares al modo de predicar de Jesús de Nazareth.

La continuidad discursiva con el Maestro

En efecto, un punto que confirma las apreciaciones que venimos esbozando es la continuidad discursiva del *sadhu* con Jesús de Nazareth. Recordemos lo que dijimos acerca de que siempre prefiere referirse a Él como Maestro, más que utilizar los habituales títulos teológicos —el Mesías, el Salvador, Jesucristo, el Hijo de Dios—. De esta forma, lo que destaca de Cristo no es su acción redentora —aunque haya referencias, desde ya, a su obrar salvífico a lo largo de la predicación de Singh—, sino su condición de predicador, de guía espiritual; reconoce al orador y al gurú, mucho más que al hacedor de milagros o al Siervo Sufriente que, como cordero llevado al matadero, ofrece su vida en la cruz para salvar a la humanidad de sus pecados y vencer a la muerte (Is 42, 1-9. 49, 6; 1 Cor 15, 3-5).

Esta preferencia léxica no es simplemente una opción lingüística, sino que constituye también una elección conceptual, referida tanto a su discurso como a su praxis. Luego de su conversión, el *sadhu* busca imitar a Cristo con la mayor fidelidad posible; sin

embargo, es claro que no podía pretender, por su propia decisión o por afán voluntarista, llevar a cabo milagros como los narrados en el Nuevo Testamento, ni ofrecer su vida gratuitamente en la cruz. Lo que sí estaba a su alcance eran dos cosas: por un lado, identificarse con él en las persecuciones y en otras peripecias vitales, tanto las atribuidas al Nazareno como a sus seguidores; por el otro, predicar como el Maestro, tanto en lo que hace a la forma como al fondo. Respecto del primer punto, tan presente en las versiones canónicas de su biografía, algo hemos dicho, y volveremos sobre ello más adelante; nos ocuparemos ahora del segundo de estos recursos, es decir, de las características de su predicación.

En primer lugar, profundicemos en lo que significa ser un *sadhu*:

En toda India, la gente devota considera el camino del *sadhu* itinerante —como sus colegas budistas y musulmanes, el *bhiksu* y el *fakir*— como la forma más alta de la devoción religiosa, tanto que generalmente son bien recibidos en cualquier pueblo. A diferencia de los sacerdotes y otros líderes religiosos, los *sadhus* pueden moverse libremente entre todas las castas e incluso se les permite la entrada en los recintos de las mujeres, los cuales están vetados al resto de hombres. (Singh, 2002, p. 164)

A Sundar Singh le eran muy propicias, en efecto, tanto la valoración popular que se hace de esta tradición como la libertad con la que se mueven los *sadhus*. De este modo, podía adoptar un *modus vivendi* que gozaba de consideración en su medio, al tiempo que lo inscribía en el estilo de Jesús, itinerante y abierto a la Providencia. ¿En qué consiste ese estilo?⁸ En algo que, para Christoph Theobald, constituye el núcleo de la santidad mesiánica y neotestamentaria (Theobald, 2007, pp. 59-85): un modo de vida despojado, profundamente espiritual, solidario, hospitalario, abierto a lo que el teólogo alemán llama el “*tout-venant*”, es decir, “todo-el-que-viene”, entendiendo por esto a toda persona que le salía al paso. En función de la puesta en práctica de un modo de vida semejante, es de prever que ocasionalmente se den una serie de riesgos de

⁸ En esto sigo a Christoph Theobald en varios de sus trabajos, en particular *El estilo de la vida cristiana* (Salamanca, Sígueme, 2016), *Hospitalidad y santidad* (Buenos Aires, Agape, 2019) y *Le christianisme comme style* (Paris, Cerf, 2007).

violencia y malentendidos (Theobald, 2016, pp. 77-79), tal como lo prueban incontables testimonios, desde los mártires de la antigüedad hasta los del siglo xx.

Su aspecto exterior también le permitía a Sundar Singh ser identificado con Cristo. En el libro de Parker se recoge el testimonio de un misionero que lo conoció en 1918 y dice lo siguiente:

El *sadhu* tiene una presencia noble. Es alto, con una cabeza bien formada y rasgos finos... sus manos y pies están formados delicadamente y exquisitamente mantenidos. Es escrupulosamente limpio en su persona y en su vestimenta. El único vestido que usa es la larga túnica anaranjada de los ascetas, que cae con pliegues graciosos y dignos por sobre su cuerpo. Nadie puede verlo por vez primera sin ser interpelado por su cercano parecido con el retrato tradicional de Cristo⁹. (Parker, 1920, p. 14)

Por todo esto, comprendemos mejor aquella afirmación que hicieran del *sadhu*, como una suerte de “flor cristiana en un tallo hindú”: su inquietud por encarnar el cristianismo buscó la forma de atenerse a lo esencial, de manera de ser fiel plenamente tanto a la tradición evangélica como a las “formas familiares de devoción entre las cuales había crecido: hindú y budista, *sikh* y musulmana” (Singh, 2002, p. 164). Ahora bien: como Pedro y Juan (Hch 4, 20), como Pablo (1 Cor 15, 8-10), como todo apóstol, Sundar Singh buscó testimoniar ante los demás

el místico encuentro que le había llevado a su conversión y le proporcionó una inquebrantable dedicación a Cristo. Así, aunque nunca criticase ninguna práctica religiosa que él hubiera sinceramente observado, estuvo siempre dispuesto a relatar cómo *Yesu* le había tocado y transformado. Para él, *Yesu* era la Verdad —la realización y el cumplimiento de los profundos anhelos humanos hacia la paz interior y exterior: un sentimiento que resultaba impensable que lo guardara para sí mismo—. Sólo por esta razón anduvo errante durante meses (e incluso años) a través del subcontinente indio, desafiando a los elementos y sufriendo los ataques de los anticristianos”. (Singh, 2002, p. 164)

⁹ “*The Sadhu has a noble presence. He is tall, with a well shaped head and fine features. ... His hands and feet are delicately formed and exquisitely kept. He is scrupulously clean in person and attire. The only dress he wears is the long orange robe of the ascetic, which falls in graceful and dignified folds about his body. No one can look upon him for the first time without being struck by his close likeness to the traditional portrait of Christ*”.

Del párrafo anterior, destacamos cuatro aspectos: su espíritu ecuménico, base para una saludable y fructífera aceptación de su identidad cristiana; su autoimplicación, es decir, la manera en que buscó dar testimonio de su experiencia personal e intransferible de cómo Jesús “le había tocado y transformado”; su reconocimiento de Cristo como “Verdad” (Jn 8, 32. 14, 6), y no sólo *ad intra* del cristianismo sino en su condición universal; y el fundamento de su estilo de vida, plagado de peligros, anclado en esta experiencia numinosa que lo marcó profundamente. A su vez, hay uno de estos cuatro puntos del que debemos ocuparnos ahora especialmente. Reconocer a Jesucristo como Verdad implica poner el acento en uno de los tres valores universales; sin dejar de lado el Bien ni la Belleza, sí es cierto que, nuevamente, hay una elección que no es inocua, a saber, la del concepto y atributo que se detiene en aquello que puede ser puesto en palabras. Decimos esto porque quizás en lo que más se parezca Sundar Singh a Jesús es en su estilo de predicación.

Cuando abordamos los escritos del *sadhu*, vemos una continuidad tanto metodológica como conceptual, o, si se prefiere, de forma y de fondo, con el modo de obrar de Jesús. En efecto, como ya señalamos, en muchos escritos Singh aparece en situación permanente de diálogo con un interlocutor al que llama “el hombre que busca”. En algunos casos, también puede ser “el filósofo”. La dinámica es siempre la misma: a una pregunta planteada por el buscador corresponde una respuesta de parte del *sadhu*, por lo general bastante exhaustiva e ilustrativa. Tomemos un ejemplo:

El hombre que busca: Yo comprendo que la infinitud de Dios es incomprensible para nosotros los mortales. Y puedo también comprender que el poder, o el espíritu de Dios, se mueve a nuestro alrededor. ¿Pero cómo puede este Dios ser también un hombre? Parece imposible.

Sadhu: El Dios Altísimo, el Dios Encarnado y el Dios Espíritu, son uno mismo. En el verano, el calor y la luz son una misma cosa. Pero el calor no es la luz ni la luz es el calor. Así nos ocurre con Dios. El Maestro y el Espíritu, ambos, proceden del Padre, quien trajo la luz y el calor a este mundo. Dios Espíritu es el espíritu que quema y aparta a todos los demonios, haciendo puros y santos nuestros corazones. El Maestro es la luz verdadera que nos guía fuera de las sombras y nos bendice a lo largo del camino

de la verdad. Las tres personas son una sola, lo mismo que el sol es sólo uno. (Singh, 2002, p. 64)

Como vemos, en este texto aparece “el hombre que busca” que entabla el diálogo con el *sadhu*. A diferencia de sus equivalentes evangélicos, donde suele darse el esquema pregunta-respuesta-conclusión, los intercambios de preguntas y respuestas del hindú son bastante extensos, e incluyen preguntas, respuestas y repreguntas. Allí vemos una diferencia. Sin embargo, las semejanzas son notables: se recurre a imágenes comprensibles —en este caso, una suerte de proto-parábola— para que el interlocutor comprenda lo que dice el gurú. Sin embargo, hay también diferencias más marcadas que la mera extensión del discurso: Jesús es llamado exclusivamente el Maestro¹⁰ o el Dios Encarnado, lo cual difiere de la tradición occidental, pero también incluso de la manera en que el Nazareno hablaba de sí mismo como “Hijo del hombre”, o las referencias al Padre. La paternidad de Dios, de hecho, parece algo lateral en Singh. Además, las respuestas son más elaboradas que las que daba el propio Jesús. Otra diferencia se va a entablar en el texto que sigue, pero esta vez a nivel doctrinal:

El hombre que busca: Cuénteme más cosas sobre su Maestro. ¿Escribió instrucciones para que pudiéramos seguirlo, tal como han hecho otros maestros religiosos?

Sadhu: El Maestro nunca escribió ni pidió a sus seguidores que escribieran sus enseñanzas. Sus palabras son espíritu y vida. El espíritu solamente puede difundir espíritu. La vida solamente puede difundir vida. Las enseñanzas del Maestro no pueden ser recogidas en las páginas de un libro [...] Él siempre está con nosotros y su voz viviente nos guía y consuela. Sus seguidores recogieron sus enseñanzas después de su ascensión para que sirvieran de ayuda a aquellos que ya no pueden percibir su viva presencia [...]

El hombre que busca: ¿Pero no revelan sus escrituras la verdad sobre Dios? *Sadhu:* Nos revelan mucho sobre la vida y enseñanzas del Maestro y sobre la naturaleza del amor de Dios. El Espíritu de Dios es el verdadero autor de la Biblia, pero esto no significa que cada palabra, en sí misma, sea santa o inspirada. Las palabras no dejan de ser palabras en sí mismas, pero lo importante es el significado que ellas inspiran. El lenguaje utilizado por aquellos que escribieron los libros de la Biblia fue el lenguaje cotidiano, no la lengua del espíritu. Solamente cuando establecemos contacto directo con el autor, es decir, con el Espíritu de Dios, apreciamos cómo el sentido se hace claro. (Singh, 2002, pp. 64-65)

¹⁰ Es cierto que llamar a Jesús “Maestro” (*rabbi*) tiene fundamento evangélico (Mt 23, 8-12; Jn 13, 13-15), pero no es el título predominante. La existencia de maestros espirituales es más propia, en todo caso, de la mística, o bien de la espiritualidad de los “padres del desierto” de los primeros siglos.

Resulta llamativo que comience demostrando una indiferencia rayana en el desprecio respecto de los textos evangélicos; las escrituras son casi un accidente, un mal necesario al que fue menester recurrir, habida cuenta de que era imposible seguir contando con la presencia física de Cristo, pero que en modo alguno puede ser comparable al autor de esas palabras. Huelga decir que esto se da de bruces con la importancia que, desde el origen, tienen las Escrituras en la tradición cristiana. Asimismo, más de una vez muestra diferencias con el credo, como por ejemplo respecto de la sucesión apostólica (Singh, 2002, p. 166). Esta profunda libertad con la que se mueve el *sadhu* respecto de las verdades del cristianismo corroboran, una vez más, que la apropiación que hace de los dogmas es demasiado abierta como para sostener el relato de una conversión tan traumática o, en todo caso, de atribuir ese shock a la adopción de una nueva fe en cuanto tal.

Volviendo a la insistencia en tratar a Jesús como Maestro, uno de los rasgos que fundamentan esta posibilidad es, precisamente, que el Nazareno “les habló muchas cosas por parábolas” (Mt 13, 3). Si comparamos alguna de las que salieron de la voz y la pluma de Sundar Singh, podemos encontrar sorprendentes coincidencias: sus personajes muchas veces son reyes, viudas y buscadores; falsos maestros espirituales, gentes sencillas y personas heridas.

Tras las brumas del olvido

En abril de 1929, como dijimos, el *sadhu* fue visto por última vez dirigiéndose al Tíbet. Luego desapareció sin dejar rastro. Durante algunos años se esperó su regreso, pero finalmente sus seguidores y amigos concluyeron que había perecido, ya sea de forma violenta —en manos de salteadores u opositores, o incluso atacado por algún animal—, o de forma natural —enfermo, o por la acción del hambre o el frío—. El enigma jamás fue resuelto. Lo cierto es que, si bien su leyenda continuó brillando durante algún

tiempo, poco a poco fue quedando en el olvido, al punto que hoy resulta difícil comprender en su real dimensión lo que significó el fenómeno de la popularidad de Sundar Singh en las primera mitad del siglo pasado.

Creemos que este declive se debe a un concepto formulado por Max Weber, que murió nueve años antes que el *sadhu*: el “desencantamiento del mundo” (*Entzauberung der Welt*). Con esto nos referimos a la visión científicista y racionalista imperante desde que la Modernidad comenzó a dar sus últimos estertores, y que se llevó por delante toda cosmovisión y postura que contemplara la posibilidad de que lo espiritual, lo místico, lo no decididamente racional, pudiera colarse por los intersticios de la sociedad contemporánea. ¿Por qué decimos que es a esto que se debe el declive de la popularidad del *sadhu*? Por lo siguiente: el mensaje de Sundar Singh, hoy por hoy, podría gozar del mismo éxito relativo que conocen otras propuestas similares, tanto dentro como fuera del cristianismo; sin embargo, los colores sobrenaturales con que está teñida su historia no son fáciles de tolerar en la sociedad actual, hiperestimulada, vacía de sentido y alérgica a lo trascendente. Creemos que ese es el motivo por el que un testimonio tan revelador como el del *sadhu* hoy duerma el sueño de los justos. A nuestro entender, la profusión de elementos legendarios en una época en que esto ya no es prioridad contribuyó al descrédito y al opacamiento de su figura, como antes había contribuido a que ejerciera una desmedida fascinación. En efecto, ¿qué posibilidades de sobrevida tiene el mensaje de alguien cuyas propias coordenadas vitales nos resultan más propias de una película de superhéroes, o de una operación mediática, que del testimonio de un hombre sabio? ¿Qué tan convincente resulta un ejemplo imposible de imitar, habida cuenta de los tintes maravillosos de su hagiografía? Más aún: si, como es fácil presumir, la operación discursiva construida en torno a su figura es, cuando menos, sospechosa de exageración, o peor aún, de tergiversación deliberada, ¿qué motivos tenemos para creer

en su mensaje? ¿Por qué adherir a una propuesta espiritual viciada de nulidad no desde su origen, pero sí desde el momento en que se da a conocer y se propone al mundo para ser tomada como válida? Al volver al planteo inicial de Rahner, ¿se puede ser místico partiendo de una experiencia tan dudosa? ¿O lo que importa en este caso, quizás, sea más el contenido que el continente?

Fue teniendo en cuenta estos cuestionamientos que elegimos, desde el inicio, hacer una ἐποχή, una suspensión del juicio, un indeclinable paréntesis. Intentamos separar el mensaje profundo por un lado, de la operación discursiva por el otro; la inculturación como experiencia válida, de los colores legendarios de la hagiografía. No sabemos si el celo de la conversión —más aún tratándose de un adolescente— llevó a Sundar Singh a cargar las tintas en un sentido u otro. Tampoco hemos podido asistir a un posible proceso de maduración vital, en el que quizás los años hubieran cribado lo fáctico de lo maravilloso. De cualquier modo, proceder así nos ha permitido intentar limpiar la suciedad acumulada en los vidrios que conforman este vitral, hacerlo menos opaco, a fin de que la luz traspase y brinde su colorida transparencia en todo su esplendor. En otras palabras: al no cuestionar la facticidad de los hechos *per se*, habilitamos el rescate del valor de su espiritualidad, que siempre es algo “demasiado importante como para dejarla en manos de los fundamentalismos” (Comte-Sponville, 2009, p. 16). Al tomar como válida la enseñanza espiritual, más que las coordenadas en que fue predicada, podemos rescatar aquello que dijera uno de sus biógrafos:

¿Qué aprendemos de este místico cristiano en el país de la mística? Una sorprendente lección, una que avergüenza todas nuestras especulaciones ingeniosas, tal como lo es la síntesis superior entre la Biblia y la India [...] que nos enseña no sólo sobre la India sino también sobre el Evangelio mismo, que ha sido monopolizado por Occidente [...] En la historia de la religión, Sundar es el primero en el mundo entero cómo el Evangelio de Jesucristo es reflejado en su inmutable pureza en un alma hindú. Lo remarcable en él no es la fusión del Cristianismo con el Hinduismo, sino una fresca presentación del más genuino cristianismo bíblico. (Parker, 1920, pp. 339-340)¹¹

¹¹ “What do we learn from this Christian mystic of the land of mystics? A surprising lesson and one that puts to shame all our ingenious speculations as to the higher synthesis between the Bible and India [...]”

Quizás, su desaparición misteriosa —sobre cuya semejanza con la muerte de Enoc, ya mencionada, no puede atribuirse a ningún tipo de invención— también nos dice algo: cualquier intento por clausurar, pontificar o manejarse con certezas, en un mundo y en un ámbito que descrea de las mismas, está condenado al fracaso. La pregunta abierta acerca de su desaparición es consecuencia inevitable de la fe en un Dios a quien solo se lo puede vivir como pregunta (Tolentino Mendonça, 2011, p. 13). Si su trayectoria biográfico-espiritual no hubiera dejado espacio para el misterio, con su carga de parpadeo y labios cerrados¹², esa “flor cristiana en tallo hindú”, una vez marchita, no habría tenido posibilidades de volver a florecer. Esa puerta abierta es la que permite que se cuele la luz. Desde la fragilidad de ese paradigma, el mensaje de Sundar Singh puede, aún hoy, iluminar las búsquedas de quienes se animan a proclamar, como el *sadhu* hizo hasta el final, su credo genuinamente evangélico: que “Dios es amor” (1 Jn 4, 8).

Referencias

- Comte-Sponville, A. (2009). *El espíritu del ateísmo*. Paidós.
 Ellsberg, R. (1999). *Todos los santos*. Lumen.
 James, W. (1986). *Las variedades de la experiencia religiosa*. Hyspamérica.
 Martín Velasco, J. (1982). *Introducción a la fenomenología de la religión*. Cristiandad.
 Parker, A. (1920). *Sadu Sundar Singh: Called of God*. Fleming Revell Company.
 Singh, S. (2002). *Enseñanzas del maestro*. Ediciones 29.
 Theobald, C. (2007). *Le christianisme comme style*. Cerf.
 — (2016). *El estilo de vida cristiano*. Sígueme.
 Tolentino Mendonça, J. (Comp.) (2011). *Verbo. Deus como interrogação na poesia portuguesa*. Assírio Alvim.

which can teach us not only something of India but of the Gospel itself, which heretofore has been monopolised by the Occident [...] In the history of religion, Sundar is the first to show the whole world how the Gospel of Jesus Christ is reflected in unchanged purity in an Indian soul. What is remarkable about him is not the fusion of Christianity and Hinduism, but a fresh presentation of genuine Biblical Christianity”.

¹² Recordemos que las palabras “misterio” y “místico” provienen de μύω, que puede entenderse como “parpadear” o también “cerrar los labios”.